**19 Personas, yo, una patera y un viaje.**

Solo falto yo por subir. Hace tres días no tenía miedo, estaba dispuesto porque sabía que era lo mejor, pero ahora… El tiempo no pinta bien y el mar impone (sobre todo cuando te vas a adentrar en el Mediterráneo subido en una embarcación preparada para aguas poco profundas). Los gritos de la gente me sacan de mis pensamientos. Un hombre me agarra por el brazo y me grita al oído que suba ya, o me quedo en tierra. ¡Sí hombre, quedarme en tierra! Después de haber pagado, después de las noches en vela pensando en el mar y su furia, ni de broma. Así que me subo. Ya está. Hecho. No hay vuelta atrás a no ser que me tire al mar y me ahogue, y ese no es mi propósito.

No somos muchos, veinte en total, aunque nuestra patera es de las más pequeñas que he visto. He oído que algunas van con más de cincuenta personas, así que tampoco es que me pueda quejar mucho.

A mi derecha va un chico que parece tener unos dieciséis años. Al igual que todos nosotros, no es más que un adolescente con la mala suerte de haber nacido en el país que ha nacido. Tiene los rasgos de la cara muy marcados, una fuerte mandíbula y una nariz estrecha. Sus ojos son marrones, como era de esperar, y sus cejas tienen el doble grosor que las mías. A mi izquierda tengo a otro chico, este más mayor, quizá de unos diecinueve. Tiene la cara alargada y un poco de barba, las orejas de soplillo y una nariz respingona. En frente tengo a una chica. Muy guapa, creo. Sí, definitivamente es muy guapa. Tiene los rasgos de la cara marcados, como el chico que hay a mi derecha. Unos ojos grandes y unas pestañas que sin maquillaje rozan sus finas cejas. Tenía muchos pómulos, que saltaron a la vista cuando me sonrió. Vale es muy guapa, pero tengo que dejar de mirarla, yo siempre he sido muy educado.

Después de media hora en el mar empieza a hacer frío, por lo que hago uso de la manta que mi madre me había aconsejado llevar. Un rato después comienza el viento. Silba con fuerza y con él trae fuertes olas y miedo a todos los ocupantes de la patera. Tras un rato tambaleándonos el cielo empieza a ennegrecerse. “¡No, no, no!” grito en mi cabeza, o eso creo, ya que la chica de en frente, la que era tan guapa, se me ha quedado mirando. Me sonríe, y cuando me dispongo a devolverle la sonrisa una ola me lo impide. Ya no está. Ya no está ella, ni el chico con la cara alargada, ni la patera. Ya no están. Mis vistas ya no son el horizonte y el cielo, si no que ahora es una oscuridad completa. No puedo respirar y tengo frío, por lo que doy por hecho que hemos volcado. En efecto. Consigo llegar a la superficie y tras respirar bocanadas de aire distingo un barco de un rojo llamativo. ¿Es salvamento marítimo? ¡Es salvamento marítimo! Oigo sus voces gritar, pero no distingo qué dicen. También oigo los gritos y llantos de la gente. Este no era el plan, no tenía que haber salido así. Tendría que haber llegado a Melilla, conseguir trabajo y ayudar a mi familia que se había quedado en Nador. Estoy pensando en esto cuando un brazo me agarra del hombro y me sube al barco rojo que vi antes.

Definitivamente era salvamento marítimo, y por como hablan, son marroquíes. No nos cuentan nada sobre donde nos llevan, pese vernos aterrorizados.

Después de un rato no muy largo llegamos a la costa. Bajamos y con la mirada busco a la chica que tenía enfrente, pero solo reconozco al chico que tenía a mi derecha, el de las cejas gruesas, tosiendo y escupiendo agua.

Al parecer soy uno de los solo cuatro ilesos. Ha habido seis heridos, los cuales he visto irse con varios guardias, según me han dicho, aun hospital de Nador. Pero no vi a la chica. Ha habido diez muertos. Y al parecer ella ha sido uno de ellos.

Hoy, 30 de enero de 2015, mis sueños, el de mi familia, mi esperanza de vida, mi busca hacia la felicidad, han sido destrozados.

Sara Zahonero Cedrón.